

Luca Novelli

Edison

cómo inventar
de todo y más




EDITEX

Thomas Alva Edison nace el 11 de febrero de 1847 en una pequeñísima ciudad de Ohio, en el norte de los Estados Unidos de América.

Los Estados Unidos, muy diferentes a la gran potencia actual, son una joven nación en creciente expansión económica y territorial. Acaban de agregar Texas y están a punto de conquistar, después de una guerra con el vecino México, los territorios de California y de Nuevo México.

Los actuales confines están, prácticamente, a punto de completarse.

Entre el océano Atlántico y el océano Pacífico se extienden vastísimas regiones en las que el hombre blanco todavía no ha penetrado: es el Oeste, son los territorios de las tribus indias, la Frontera.

El joven Edison también tendrá que afrontar esta realidad, pero su frontera será de otro tipo.



1. Yo, Thomas Alva Edison

Buenos días queridos amigos
del siglo XXI.

Llamadme Al, como
hacen mi padre
Samuel y mi
madre Nancy.

Y bienvenidos a

Milan, una pequeña

pero activa ciudad que se hará famosa por sus barcos
de vela.

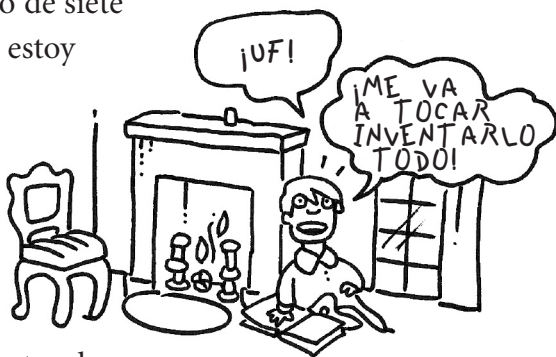


Yo soy un verdadero yankee: mi familia es de auténtico
origen americano.



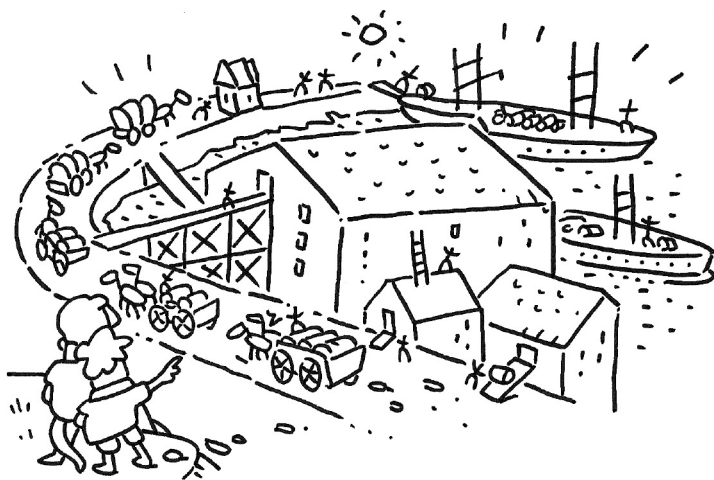
Muchas de las casas de Milan son de madera, como las que
veis en las películas del Oeste. La mía, en cambio, es de
ladrillo rojo. Tiene una sola planta, una buhardilla y más
ventanas que paredes. Es pequeña, pero digna y confortable.

Soy el más pequeño de siete hermanos. En casa estoy muy poco. No hay televisión, ni video-juegos, nada de nada. Pero por la noche nos reunimos todos frente a la chimenea. Y siempre hay alguien que cuenta viejas historias de familia.



Así que, en cuanto puedo, voy a curiosear al puerto-canal desde donde zarpan los barcos cargados de trigo, tabaco y algodón y al que llegan incluso mercancías de Europa.

Milan es un centro importante gracias a su canal, que permite la llegada de gabarras y barcos hasta el lago Erie y de ahí a Nueva York y al Océano Atlántico.



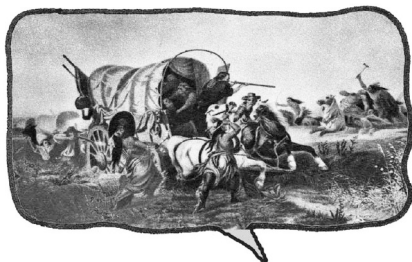
En verano, chicos y chicas nos bañamos en el canal, aunque sea peligroso.



Esta tierra estaba habitada por los indios Delaware, Iroqueses y Shawnee, pero ahora se ven bastante pocos y son pacíficos.

En cambio, todavía hay muchísimos en las grandes praderas de occidente: son Cheyenne, Sioux, Kiowa...y están decididos a defender su territorio de los intrusos. De hecho, cada vez hay más gente que se mueve de los estados de la costa atlántica hacia el interior, con la idea de llegar a California que mira al Océano Pacífico. Una noche, un grupo de pioneros con tres grandes carretas se para delante de nuestra casa y escucho sus conversaciones, sus esperanzas y sus miedos.

Me quedo asombrado.

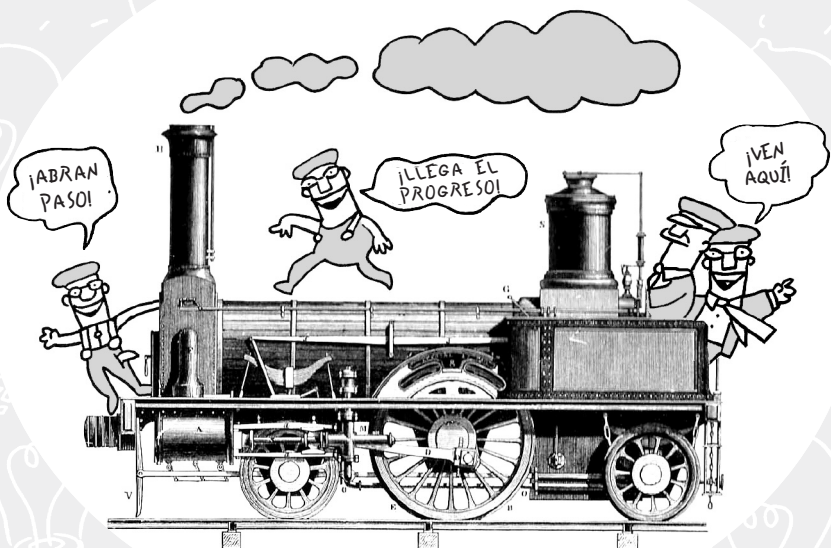


El mundo en torno al pequeño Edison cambia rápidamente. El número de Estados de la Unión pasa de los originales 13 a 26, la población se dobla y los medios de transporte están sufriendo una inesperada revolución.

En gran parte del país sólo se viaja a caballo, en diligencia o en carretas arrastradas por bueyes.

Hasta mediados del s. XIX las vías de agua y los barcos de vapor son los medios de transporte más rápidos.

Pero a partir de este momento, y por todos lados, se construye el ferrocarril y allí donde llegan los bufidos de las locomotoras nacen nuevas ciudades, nuevos centros industriales y nuevas actividades.



2. Mi vida pilla el tren

Estoy en Port Huron, en Michigan, adonde mi padre se ha trasladado con toda la familia.

ESTE
SOY YO
CON 8 AÑOS



Ha llegado el ferrocarril y parece que hay buenas oportunidades de trabajo para todos.

Papá es un gran carpintero y comercia con la madera y con materiales agrícolas. Hoy lo definiríais como un pequeño empresario. Siempre es optimista y su cabeza está llena de ideas, alguna curiosa.



Aquí ha construido una altísima torre de vigilancia equipada con un catalejo. Cobra un cuarto de dólar a quien quiera subir hasta arriba para ver el panorama.

En Port Huron hay una escuela primaria. Papá me ha matriculado pero no ha tenido mucho éxito. El maestro le ha dicho que soy “un zopenco”.

Mi madre, tres meses después, ha preferido sacarme de la escuela: es maestra y ha decidido que se ocupará personalmente de mi



educación. Si llego a ser famoso en todo el mundo será gracias a ella. Efectivamente, ella me ha enseñado a leer, algo que jamás dejaré de hacer. Es más, llegaré a leer todos los libros de la biblioteca pública de Detroit, balda tras balda, libros de todos los géneros, para todas las edades.

Mi primer libro científico tiene un título pomposo: *Escuela de Filosofía Natural (Natural and Experimental Philosophy* de Richard Green Parker, 1856).

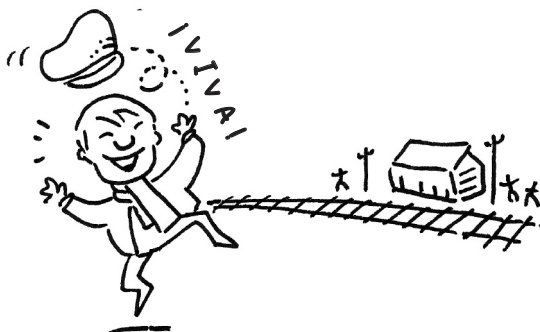
Lo leo a los nueve años, no porque sea un genio sino porque el autor explica, de modo sencillo, como se hacen los globos y las máquinas de vapor, la pólvora, la pila de Volta, el gas de alumbrado, y otras cosas extrañas.

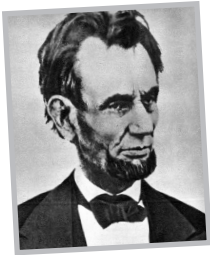


La química se convierte en mi hobby: en el trastero de mi casa he instalado un verdadero laboratorio donde realizo todo tipo de experimentos, sin embargo necesito materiales e instrumental. Se necesita dinero para comprarlos, demasiado para mis bolsillos de chaval. Me las apañé vendiendo en el mercado los productos del huerto de mi padre, pero no basta.



De modo que cuando me ofrecen trabajar como vendedor de periódicos en el Grand Trunk Railway, el tren que va desde Port Huron a Detroit, acepto con alegría. Y tengo el permiso de papá y mamá.

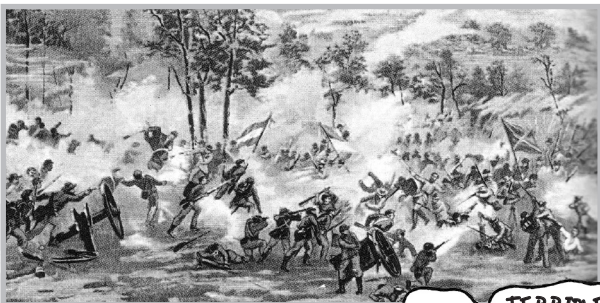




Este es Abraham Lincoln, decimosexto presidente de los Estados Unidos. Tendrá que afrontar la crisis más dramática de la historia de su país.

De hecho, entre los Estados del Norte y los del Sur, existe una profunda división de

ideas y de intereses. En los pueblos del Sur, principalmente agrícolas, la esclavitud está muy difundida: en los campos de algodón trabajan miles de esclavos negros. Para los Estados del Norte, industriales y más democráticos, la esclavitud es inaceptable. Este contraste, en una nación que precisamente había nacido sobre la base de la libertad del individuo, desemboca, en 1861, en la separación de los Estados del Sur y en una terrible guerra civil que los enfrenta a los del Norte. El joven Alva vive lejos del frente y de los combates, pero en los periódicos que vende diariamente aparecen nombres, hechos, batallas.



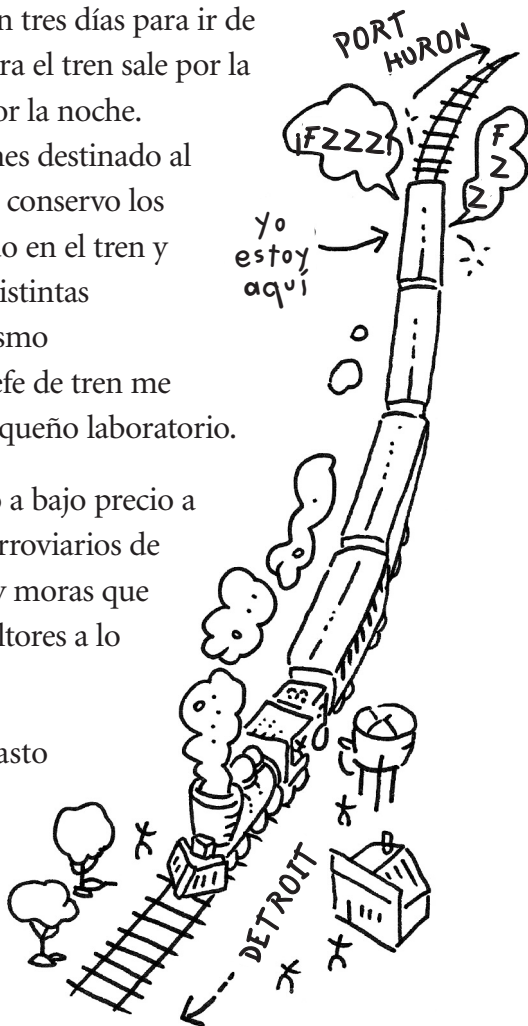
3. De vendedor de periódicos a periodista

Tengo que confesaros que trabajo mucho, pero me divierto. Trabajo en el tren Detroit-Port Huron. Es una distancia de poco más de 100 km. Antes de que llegara el tren se necesitaban tres días para ir de un sitio al otro. Ahora el tren sale por la mañana y regresa por la noche.

En uno de los vagones destinado al equipaje y al correo, conservo los periódicos que vendo en el tren y que entrego en las distintas estaciones. En el mismo compartimento el jefe de tren me permite tener un pequeño laboratorio.

A cambio, abastezco a bajo precio a las mujeres de los ferroviarios de fruta, mantequillas y moras que compro a los agricultores a lo largo del trayecto.

De todos modos, gasto todo el dinero que gano en mi laboratorio móvil.

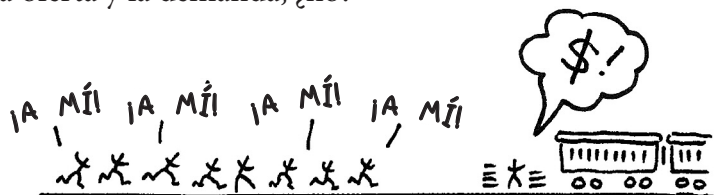


Para comprar instrumentos y sustancias químicas para mis experimentos necesito mucho dinero. Así que decido ampliar mi negocio: en Port Huron abro dos tienditas de fruta y verdura que arriendo a dos de mis coetáneos.



Cuando estalla la Guerra de Secesión, la venta de los periódicos sube por las nubes: todos tienen parientes y amigos que combaten, todos quieren conocer los resultados de las batallas.

Algunas veces no basta con las copias de las que dispongo. Entonces aumento el precio: lo doblo, lo triplico... Ley de la oferta y la demanda, ¿no?



Al final, decido crear un periódico sólo mío. Se trata de un semanario: el Grand Trunk Herald.

Lo edito y lo imprimo directamente en el tren, con una pequeña máquina tipográfica.



Pero no todo va sobre ruedas.

Una vez, en Frazer, Michigan, el tren parte sin mí. Corro detrás y consigo agarrarme al escalón del último vagón. Sin embargo, no consigo subir. Me arriesgo a hacerme mucho

daño hasta que un ferroviario

me agarra por las orejas y me pone a salvo. Pero algo se ha roto dentro de mi oído y así empieza mi progresiva sordera. Al fin y al cabo será útil ya que me ayudará a inventar dispositivos para sentirme mejor.

Al final monto una gorda:

revolviendo en mi laboratorio no me doy cuenta de que hay una

cerilla. El vagón se incendia. El jefe del tren no puede perdonarme y en la primera estación, Smith's Creek, me deja en tierra junto a todas mis cosas: el laboratorio

químico, la máquina impresora,

¡todo!...

Creo, sinceramente, que tendré que cambiar de profesión.

